

La formación de maestros y maestras en un mundo quebrantado: un acontecimiento político urgente

Erica Areiza Pérez¹

Resumen

El texto propone una reflexión pedagógica sobre la formación de maestros y maestras a la luz de tres escenarios: los desafíos desatados por las problemáticas del mundo actual, las implicaciones para los procesos colegiados con las comunidades educativas y los nuevos sentidos que adquieren el lenguaje, la literatura y las artes para encarar estas realidades, ya en los contextos escolares o en otros ámbitos socioculturales. Este abordaje enfatiza en la pregunta por la dimensión política del quehacer pedagógico y, con ello, en la posibilidad de interpelar las estructuras establecidas y proponer horizontes de pensamiento, de acción y sensibilidad enfocados en la construcción conjunta, en la generación de espacios de creación y de prácticas orientadas al cuidado de la vida.

Palabras clave: formación de maestros, mundo en crisis, práctica pedagógica, formas de actuación política.

Abstract

This paper proposes a pedagogical reflection on the teacher training according to three scenarios: challenges triggered by the world's current problems, consequences for processes with educational communities, and new meanings that language, literature, and arts acquire to face these realities, whether in school contexts or in other sociocultural spaces. This approach emphasizes the question about the political dimension of pedagogical work and, therefore, the possibility of questioning established structures and proposing horizons of thought, action and sensitivity focused on joint construction, on providing spaces for creation and practices oriented to the care of life.

Keywords: teacher training, world in crisis, pedagogical practice, ways of political action.

¹ Licenciada en Educación Básica con énfasis en Humanidades, Lengua Castellana. Magister en Literatura Colombiana. Candidata a Doctora en Educación. Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Correo electrónico: erica.areiza@udea.edu.co



De malestares y quebrantos: la necesidad de un nuevo ethos

Cuántas heridas en el mundo de hoy, cuánto estruendo en la vida humana, cuántos ruidos acumulados en el oído cansado, cuánta opacidad en el horizonte que la brújula no alcanza a descifrar. Hay turbación, pero no indiferencia; la postura resignada naturaliza la realidad y frena el ímpetu que puede trastocar los órdenes establecidos. El ahora de la humanidad reclama un malestar entendido como la incomodidad necesaria para cuestionar lo dado y avanzar hacia un borde donde sea posible recomenzar el existir en esta tierra, promesa de semillas y nuevos brotes. Por ello es necesario situar esos cuadros del tono estridente, del color confuso, de las lesiones irresueltas, de los tufillos incómodos.

Todavía cunde en muchos gobiernos el penetrante olor que se desprende de los totalitarismos. Huele a un único aroma porque no se aceptan en el plato cotidiano las especies que provienen de cocinas distintas a las de los regímenes impuestos. En ese hervor de poderes unívocos se va guisando el devenir de la sociedad y se va deshaciendo la esencia de la sazón en la que caben todos los ingredientes posibles. Un solo sabor, un horario estricto para el alimento, un sudor desmedido para conseguirlo, una canasta familiar pequeña porque en tiempos de austeridad la abundancia es escurridiza. Y ojalá que nadie reniegue porque, ¡qué ingratitud! Nunca se había pensado tanto en el pueblo, jamás se había prometido tanto ni se había reportado tanto cumplimiento. Y si hay alguna duda que se acuda a los noticieros, sí, a los programas de las informaciones objetivas, a los de opiniones neutrales, a los que resulta atrevido señalar de fungir como altavoces de ciertas corrientes políticas y grupos económicos, a los que en un formidable acto de generosidad le dan la voz a los que no tienen voz.

Voz la del capitalismo neoliberal, la que sigue achicando la respiración y ampliando los bolsillos para los rentables acumulados; mientras más se inflan con el lucro de la tenencia, más se escurre la vida por las rasgaduras que quedan en los telares piel adentro de lo humano. ¡Pero si eso

es progreso, eso es desarrollo sostenible! Es que hay que pisar el pavimento, subirse a las partes más altas de los edificios para ver cuánto se han elevado los países, todo va en ascenso, solo que la miopía no permite dimensionar esas notables mejoras; y si el aliento alcanza para otros recorridos, adviértanse las utilidades que da la explotación de los recursos naturales. Claro, alcanza el aliento para devolverse por los atajos ocultos de los balances oficiales y advertir la naturaleza saqueada, las piezas humanas en el engranaje del trabajo sin receso, la precariedad de la salud en los cuerpos escuálidos, el retroceso de los nobles propósitos, el desprecio de los bienes espirituales y culturales que se tiran al vertedero de los tiempos como si se tratara de elementos innecesarios, de asuntos borrables y nada pasa, la labor sigue.

El que no se ha borrado es el cuadro de la violencia en los paisajes cotidianos. Ojalá, cuando se hable de bandas, solo se subieran al escenario de la memoria aquellas que han sacudido con sus canciones la monotonía de las horas, el devenir de las épocas, el fluir de las pasiones. Y que se hiciera el concierto, que *Yesterday* fuera la promesa del hoy, que un *Bohemian rhapsody* acompañara la noche del vino festejante, del nacer muriendo, que el *Lamento boliviano* se uniera a *Todas las voces*, que el *Baile de los que sobran* liberara a los prisioneros de las tramas tristes, que *La tierra* y su Ekhyrosis se expandiera, que ese *Caribe atómico* revelara la necesidad de volver a la esencia, no a las apariencias, que los días *De música ligera* se demoraran en la lentitud de la melodía arrobadora.

Pero el concierto no llega con la brisa de este cuadro porque son las bandas armadas las que irrumpen en la escena. También allí están los bandos de los variados ejércitos con sus botas de hierro. Tantas elegías en las cuerdas rotas del canto acallado en la pérdida, en el desarraigo, en los últimos suspiros tras el estallido letal. Por qué tanto derramamiento de sangre y hasta cuándo. Hay que preguntar siempre porque la indignación empieza por un interrogante. Y este tapiz de sueños derruidos en el suelo colombiano, esta alfombra que levantan las manos y cómo no llevárselas al rostro.

Hay en el rostro otro asombro. Un cuadro viral aparece de pronto. Que viene de Asia, que es peligroso, que se propaga a incontenibles velocidades, que el contagio, que la seguridad, que la distancia... ¡Que el encierro ya! No te acerques, no te acompañes, dosifica los afectos, no salgas. Y este desmoronamiento, esta costumbre embestida por los cuernos de un toro imprevisto en la manada, este súbito desalojo. Y ese llamado a la no presencia, esa nostalgia de encuentro, esa experiencia del contacto lanzada a una orilla sin destino porque cómo llegar si los trenes detuvieron sus relojes hasta fechas sin aviso. Ese dolor en las manos de tanto lavar el miedo, de tanto alcoholizar la piel para contrarrestar todo asomo de infección. Que se controlen por fin estos cuerpos, que asuman las vigilancias, que se disciplinen de una vez porque ya ha sido suficiente tanto movimiento incómodo. Eso dirán.

El mundo se ha cubierto con un extenso traje sombrío que deja ver los rotos de una sociedad desigual e injusta. Por esos orificios salen las banderas rojas que simbolizan la necesidad del alimento. Cómo confinar el hambre, cómo distraer el apetito, cómo resolverlo con remiendos de ayudas que no van al fondo de una tela históricamente raída, una tela que no ha sido prioridad en las urdimbres gubernamentales. Estos son los dolores del sur, las ausencias de los márgenes y de las periferias que habitan diversos grupos poblacionales a lo largo y ancho de los rincones latinoamericanos. En diálogo con Boaventura de Sousa, "el sur no designa un espacio geográfico, sino un espacio-tiempo político, social y cultural. Es una metáfora del sufrimiento humano injusto por la explotación capitalista, la discriminación racial y la discriminación sexual" (2020, p.47). ¿Cuál cuarentena entonces? ¿Cuál cuidado ante siglos de descuido estatal, cultural, existencial?

En otro cuadro, una escuela sin susurros y sin cuerpos. Los timbres se silencian, el patio cede terreno a un pavimento con añoranza de juegos, saltos y risas; los uniformes se quedan suspendidos en los armarios, los tableros no sienten el trazado fino de la tiza; la voz de los maestros y las maestras no se amplifica en los estrechos espacios de los salones; la representación teatral de la tragedia tantas

veces ensayada para el acto cultural se remite al palco del después; los versos ya bebidos yacen en la resaca de la ausencia obligatoria, ya no hay química con los laboratorios, las salidas por la ciudad cierran calles, las caminatas veredales avisan que no alisten los zapatos. No hay escuela, pero hay pantallas, hay tecnología de punta. Adviértanse las ventajas de la globalización, de la era digital. En redes y enredos. ¿De qué accesos se habla? ¿Para quiénes? Cifras edulcoradas, falsas coberturas. Otra vez el sur, otra vez el golpe en el cuerpo fatigado.

La enunciación de estas heridas del presente no obedece, de ninguna manera, a una visión fatalista. Antes bien, asume que, a partir de su problematización, es posible interpelar los determinismos y agenciar formas de actuación política y pedagógica para configurar otras apuestas para la formación, para el oficio de vivir y para la construcción de tejido social. Tal como lo plantea Freire (2011): "no hay utopía verdadera fuera de la tensión entre la denuncia de un presente cada vez más intolerable y el anuncio de un futuro por crear, por construir política, estética y éticamente entre todos, mujeres y hombres" (p.116).

Este llamamiento nos convoca, nos invita a participar decididamente en la oportunidad histórica que nos asiste. Habitamos el campo de la educación, de manera más específica, confluímos en el ámbito de la formación de maestros y maestras. Así las cosas, ¿cuál es la cerilla que encendemos en el bosque denso y sombrío?, ¿cuál es la fisura que generamos en el muro adusto?, ¿cuál tono de voz para agrietar el mutismo desatado por el miedo?, ¿cuál verso para poner a tambalear los trazos cristalizados en los libros de las verdades fijas?, ¿cuáles vínculos en el distanciamiento que decretan los protocolos?, ¿cuáles manifestaciones ante las injusticias sociales?

Es preciso insistir, con Boff (2002), que "Urge un nuevo ethos de cuidado, de sinergia", de «religación», de benevolencia, de paz perenne para con la Tierra, para con la vida, para con la sociedad y para con el destino de las personas" (p.35). Este cuidado común, este cultivo de una nueva tierra reclama una palabra semilla, un borde donde la

formación también se sacuda y se disponga, con lucidez y apertura, a una siembra renovada.

Trayectorias, saberes y comunidades: an-danzas pedagógicas

Que se abran las mochilas y se derramen las biografías para que se mezclen los acentos, para que irruman los nombres borrados por las estadísticas donde cualquier yo es un número. Precisamos historias de vida para recuperar las subjetividades, para reconocer su devenir, sus dolores y sujeciones, sus luchas. Las relaciones pedagógicas están hechas también de relatos, es cuestión de disponer el oído, de crear los silencios en medio del bullicio para que esas tonalidades emerjan. Hay muchas tramas perdidas en los afanes de los currículos, en el temario de la semana, en las notas del final de periodo. Cómo reconocer los quebrantos o las bellezas si no hay tiempo para esculcar los álbumes que cada ser ha ido configurando en su trayecto vital. Allí la imagen del niño que corre tras la cometa en confabulación con el viento porque ese es su agosto y su libertad genuina; acá la imagen de la niña contemplando el mar en su infancia profunda; allá la figura de un maestro o una maestra cantando para ocupar la atención de la clase ante la estridencia del fuego cruzado.

Si vivir es avanzar en un tren que toma las rutas sinuosas del tiempo, no habrá una estación donde no haya una historia que contar. La educación ha transitado, quizá, con mucha prisa y ha sido avara con la necesaria lentitud para una parada duradera en esas singularidades que desatan la pregunta por un quién e interpelan los interrogantes del cuánto tan acogido por las políticas del rendimiento, de la eficacia y del control.

También en la experiencia vivida hay saberes. Estos no admiten más la idea de un reservorio fijo en el que no ocurre nada. En los trayectos de formación de maestros y maestras precisamos saberes de ocurrencias, pórticos para dilucidar cuáles son los vínculos que se construyen alrededor de ellos y qué potencia de vida adquieren cuando se comparten con otros.

Ya se ha hablado bastante de contenidos, de estandarizaciones y de competencias. Ya han ocupado vastas extensiones de papel. Quizá sea necesario nombrar de otro modo. Y no por el capricho o el afán de una sustitución en la terminología, sino por la convicción pedagógica de que las denominaciones arrastran también concepciones de mundo, de lenguaje, de existencia. Qué se entreteje si se habla, más bien, de bienes de la cultura, de saber experiencial, de relatos vitales. Se trama un repertorio donde confluyen las herencias recibidas, las creaciones emergentes, los despliegues subjetivos. Cuando las visiones epistémicas se pasan por una costura ética y política no son solo rutas de conocimiento sino de entramado cultural, social y humano.

Desde esta perspectiva, el quehacer que entraña la práctica pedagógica de maestros y maestras en las distintas comunidades, ya escolares o en otros ámbitos educativos, se vive desde formas de actuación vinculantes donde no se impone un solo movimiento, donde el saber no se resuelve en las prescripciones. Se asiste, en cambio, a la oportunidad de una composición con variadas entonaciones y pasos. Y que en ese patio de *an-danzas plurales* se desate una coreografía al ritmo del campo, de la maloca, de la ciudad, del barrio, del convite, de los colectivos comunitarios. Esta interpelación creativa al aislamiento y a la división desde un encuentro rítmico diverso anima preguntas y delinea caminos para la formación de los niños, las niñas, los jóvenes, los grupos de mujeres y hombres que lideran iniciativas de largo aliento para sus territorios. Las heridas que en estos han dejado la violencia, la explotación y el abandono seguirán sangrando si no hay suturas afectivas, reacciones amorosas y propositivas que aviven lo posible.

Esa disposición de presencias convoca el decir y la expresión sensible de quien se ocupa de formar, pero no se agota allí; invita a una cofradía de motivaciones compartidas, reconoce el arrojo de todos aquellos que, como lo expresa Frigerio (2020), desde:

[...] una fraternidad política como efecto de una construcción política están intentando sostener aquello de lo humano que duda en ponerse de pie o que tambalea deshilachado tratando de zurcir lo rasgado, una vez más, para dar de comer, una vez más, para dar de saber, una vez más, para hacer gesto y acto de presencia simbólica o material.

Formación en lenguaje, literatura y artes: giros y sentidos emergentes

Si algo transita en el lenguaje y en sus distintas posibilidades expresivas es su capacidad de poner a temblar lo existente y de dar lugar a la ausencia. Cuando más quebrantos sufre el mundo, más urgente se torna la necesidad de un habitar poético que abrevie en la noche allí donde hay demasiada transparencia o desate la luz allí donde se imponen las tinieblas. Si no hay persistencia en tramas simbólicas para acompañar el vacío o la alegría, si no hay metáforas que en su decir sutil revelen las verdades más hondas, un tufillo de amargura cunde en los espacios pedagógicos que se disponen justo para que acontezca algo en alguien en un espacio y un tiempo singulares.

El filósofo surcoreano Byun-Chul Han (2015) sostiene que “La negatividad del quebrantamiento es constitutiva de lo bello” (p.66). En esta mirada lo bello está asociado a lo roto, no a lo pulido y a lo liso; la negatividad entretanto es la reacción alternativa a la imposición de la positividad de un tiempo actual en el que predominan la individualidad, el rendimiento, el infierno de lo igual, la descorporalización de la vida en los medios digitales, como lo expone el autor en la *Expulsión de lo distinto* (2017). Sugiere allí la necesidad de un nuevo comienzo en el que afloren, con su carácter enigmático, la alteridad, la escucha, el silencio, la voz. Y unido a ello, los sentidos de las artes y la poesía como acontecimientos que recuperan el asombro, la extrañeza.

Precisamos un giro sensible que trastoque la convencionalidad en su expresión más uniforme y limitada e invite a un despliegue de gestos literarios y artísticos que den

a pensar, a sentir, a dimensionar las oscuridades o destellos que entrañan la condición humana y el orden social. Animemos la perplejidad de la poesía, de los versos que irrumpen en la familiaridad para traer lo desoído, en los que se untan de calle y de caminos veredales porque allí hay rostros, rastros que nunca aparecerán en la prensa politizada de los poderes dominantes. Habitemos la posibilidad de la narración. Dejémosnos convencer de que “Narrar hace parte de la experiencia vital de los seres humanos, aunque cada cultura —y de hecho cada sujeto— establezca diferentes relaciones de poder y saber en esta acción” (Ortiz, 2011, p. 138). Que no nos sorprenda la noche sin un caudal de historias para avivar los sueños; que el alba no salude el vuelo de los pájaros sin las murmuraciones fabuladoras que abren horizontes de palabras y de silencios para disuadir el peso del día y sus afanes. “Somos sujetos hechos de palabras y, como tales, con una sed de relatos y una necesidad inconmensurable de contar y de que nos cuenten” (Areiza y Betancur, 2015, p.157).

Que el cine llegue siempre para quedarse. Cuánta filosofía en ciertas cintas que, entre planos, perspectivas, imágenes, escenas, guiones, van rodando misterios que tumban de belleza o remueven el dolor allí donde ya parecía reinar el alivio. Que la fotografía lleve a esas regiones donde solo un lente osado es capaz de captar el humo lechoso que se eleva por las chimeneas de la muerte, el brote de una planta entre las ruinas, o la pequeña aferrada al tronco de un árbol donde esconde la mirada porque para qué abrir los ojos cuando lo que se devuelve es un manojo de violencias apuntando a la cara. También en las pinturas se cuentan historias de humanidad y hacen falta noches estrelladas, o gritos, o cuadros que lancen un porqué o dibujen la emoción que solo un pincel puede plasmar. Cómo asumir la nocturnidad de la vida o su mediodía más pleno si la música no llega para recomponer las cuerdas desafinadas, para cantarle al amor o para rebelarse contra las injusticias, las guerras y todas esas invasiones que ocupan buena parte del devenir de muchos pueblos. Qué sería de los cuerpos sin danza, sin performance, sin la instalación de una experiencia capaz de desinstalar el desgano de la imaginación o el sentir acomodado en la indiferencia.

Una consideración final en clave de umbral

El oficio de vivir reclama construcciones simbólicas y habita en la expectativa de un gesto: “ese gesto quizá sea un sonido, una poesía, un color, un silencio dispuesto a esperar palabra, ese gesto que toca sin tocar, que llega sin alcanzar y que alcanza sin llegar” (Frigerio, 2020).

La formación de maestros y maestras y la experiencia del lenguaje insisten en la gestualidad desplegada en un espacio creador de sentidos, en el acontecimiento estético, en el cuidado de la vida, en la reacción ética cuando la actitud totalizante borra los matices. La construcción de este ethos pedagógico gana vigor e incidencia cuando se impulsa desde un acontecimiento político que no se resigna a los dolores y a las tiranías y promueve, en cambio, una amorosidad comprometida con toda forma de existencia o de ausencia en la tierra.

Referencias

Areiza, É. y Betancur, D. (2015). Tras los hilos de Ariadna. Memorias y experiencias de formación en los laberintos de la literatura. *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, 7(15), 151-162.

Boff, L. (2002). *El cuidado esencial*. Madrid: Trota.

De Sousa Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. Buenos Aires: CLACSO.

Freire, P. (2011). *Pedagogía de la autonomía: un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.

Frigerio, G. (mayo de 2020). “Educar: palabras temblorosas y habitualidades trastocadas”. Conferencia llevada a cabo en un espacio académico organizado por la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Han, B. (2015). *La salvación de lo bello*. Barcelona: Herder.

Han, B. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.

Ortiz, N. (2011). La narración: puerta y espejo en la formación investigativa de maestros/as. *Revista Educación y Pedagogía*, 23(61), 133-144.